

Pero el statu quo estaba roto. El problema inmediato del Perú era intentar la resurrección de su marina. Aun suponiendo que lo lograra decía Christiancy, difícil sería tener otro Grau: "Hombres como él son raros en todas partes"

### VI. EL ÚLTIMO VIAJE DE GRAU.

En su sermón de la Catedral de Lima el día 29 de octubre de 1879, Monseñor José Antonio Roca y Boloña dijo: "Ninguno de vosotros, ignora la última expedición del histórico monitor a la costa enemiga. Si esa expedición fue aconsejada por la prudencia o la temeridad; si era mayor el riesgo que el provecho que de ella pudiéramos prometernos; si el glorioso bajel había perdido poco o mucho de sus condiciones náuticas; si el esforzado Contralmirante preveía inminente peligro o se halagaba con un resultado feliz; si hubo tristes o risueños presentimientos, no lo sé si he sido parte a averiguarlo, ni creo posible descubrirlo en estos momentos de indignación y de dolor ni me parece patriótico escudriñar esas cosas". Una carta de Grau a su esposa, fechada en Arica el 30 de setiembre de 1879, ubicada por los diarios de Lima en; 1934, dice del Huáscar que "entre paréntesis, está sumamente sucio".

Ramón Rojas y Cañas en su folleto La guerra del Pacífico (1880) afirma que el monitor tenía una acumulación conchífera en sus fondos, por lo cual había perdido un quinto de su velocidad; no obstante, fue enviado a su última y fatal expedición. Lo mismo se lee en el manifiesto del Ministro de Hacienda del Vice-Presidente La Puerta. José María Quimper en 1880. La tesis de Rojas y Cañas está amparada también por lo que expresa Manuel Vegas García en su Historia de la Marina de Guerra del Perú. Por el contrario, el historiador Mariano Felipe Paz Soldán afirma que Grau insistió, contra la opinión del Presidente Prado, en llevar a cabo ese viaje. Lo mismo expresó Prado en su manifiesto de Nueva York en agosto de 1880.

En actitud totalmente opuesta, la historiografía chilena, cuyo más alto exponente es Gonzalo Bulnes, y también el militar sueco Ekdahl al servicio de Chile, afirman que Grau, cansado de la excesiva espera que implicaban las hostilidades a la costa chilena sin resultados decisivos, tomó la iniciativa de su última aventura ante la noticia, que luego resultó falsa, del desembarco de una división del ejército invasor en Patillos, al sur de Iquique, Ekdahl

elogia lo que llama el audaz plan estratégico de Grau. Sigue a Bulnes, que expresó: "Lo relativo a la invasión por Patillos fue dicho a nuestros marinos por los prisioneros del Huáscar explicándoles el objetivo del viaje efectuado por el monitor".

Tenemos, pues, tres explicaciones: 1) Grau quiso reparar su barco averiado y lo obligaron a viajar. 2) Grau se lanzó a una nueva aventura contra la voluntad del Director de la Guerra; 3) Grau quiso ejecutar un audaz plan estratégico.

El asunto parecería ocioso si Mariano Felipe Paz Soldán hubiese señalado como uno de los motivos para el supuesto empecinamiento de Grau, el deseo de complacer a quienes entre sus amigos querían el incremento de las hazañas del Almirante para favorecer así su candidatura presidencial en las elecciones de 1880. En esto me permito tener una discrepancia absoluta con Paz Soldán, ciudadano probo e historiador muy valioso y bien intencionado, aunque lleno en esos momentos de pasiones políticas .que se agitan borascosas en este ciudadano, por lo demás estimable como en general en nuestros hombres de esa época, traumatizados por la sucesión implacable de desdichas que al país azotó. Los chilenos hallaron, al capturar el Huáscar las dos últimas instrucciones dadas por Prado a Grau en Arica y las dieron a la publicidad después de que Paz Soldán editó su libro. Allí está la prueba incontrastable de que la expedición obedeció no a un gesto caprichoso sino a órdenes superiores. En el último texto avalado por el secretario Mariano Alvarez se ordena, con fecha 30 de setiembre, primero el viaje a Pisagua para desembarcar a jefes, oficiales y bultos bolivianos, y luego a Iquique con la finalidad de ayudar al transporte Rímac. Luego aparecen reproducidos en su esencia en los artículos 4°, 5° Y 6°, los artículos 4° y 5° de un documento anterior fechado el 21 de agosto: dirigirse a Tocopilla o eventualmente a Antofagasta para emplear contra alguno de los blindados enemigos un torpedo ya embarcado en el monitor junto con el torpedista Waigh. Pero al final de las mismas instrucciones leemos esta adición: "No siendo posible la aplicación de los torpedos a causa de la claridad de las noches, queda sin efecto todo lo relativo a ellos". Preguntamos: ¿Por qué esta rareza de incluir órdenes que el mismo texto descarta en su párrafo final? El Huáscar y la Unión zarparon de Arica en la madrugada del 30 de setiembre. El monitor acababa de regresar de un viaje a Iquique entre el 27 y el 28 de

setiembre. Cabe preguntar si existieron motivos urgentes y secretos para esta salida; el corresponsal del diario La Opinión Nacional de Lima, Julio Octavio Reyes, se quedó en Iquique.

En resumen, sabemos hoy tan poco sobre la quinta y última expedición del Huáscar como lo que Roca y Boloña dijo que sabía acerca de ella. Paz Soldán ha quedado refutado; pero no sólo existen estas pruebas escritas. Hay una prueba moral. En ningún momento surgieron indicios de que funcionase la influencia de los civiles en la conducta del héroe para llevarlo a un acto de indisciplina totalmente alejado de su sicología y de su ética. El mismo se encargó en varias ocasiones no de destacar sus proezas, sino de disminuir la trascendencia de ellas, en una actitud, por cierto, muy distinta de la del político ambicioso. En la ya citada misiva confidencial de 10 de setiembre a Carlos Elías, veinte días antes del último viaje, hay una postdata que dice: "Dales memorias a nuestros amigos de Hoja Redonda (alude a una hacienda en Chincha), diles que si los héroes son como yo declaro que no han existido héroes en el mundo". Antes, al empezar el mismo documento, escribió: "Tú no ignoras querido Carlos, que soy hombre de pocas palabras; pero las que sencillamente expreso son naturales y nacidas en el corazón".

### VII. LA VIDA DE GRAU. (1)

Nació Miguel Grau en Piura, tierra de hombres bravos y patriotas, el 27 de julio de 1834. Su padre, Juan Manuel Grau y Berrio, nacido en Cartagena, Colombia, el 15 de agosto de 1799, luchó por la independencia del Perú en el ejército de Sucre y estuvo en Junín y Ayacucho y llegó a ser más tarde empleado de la aduana de Paita. Padres de Juan Manuel fueron Francisco Grau y Girona, natural de Sitges, Cataluña, y Mariana Josefa Casiana Berrio y Pérez, de Cartagena, hija, a su vez, de un fiscal de la Audiencia de Nueva Granada. La madre del almirante fue Luisa Seminario y del Castillo, piurana, hija de Fernando Seminario Jaime y María Joaquina del Castillo y Talledo.

A los nueve años Miguel Grau hizo un viaje a Buenaventura en un bergantín particular que naufragó. Aprendió, pues, primero en la vida que en los libros. Fue un colegial taciturno, distraído. Tenía once años cuando comenzó a trabajar en la marina mercante. Allí fue desde grumete hasta piloto. Conoció Panamá, las Marquesas, Sandwich, la Sociedad, Burdeos, Río de Janeiro, Hong

Kong, Macao, Singapur, San Francisco, Nueva York. Supo de las galletas rancias, del agua podrida, de la carne salada, del escorbuto, del incendio, del temporal, del naufragio, de las peleas y de las juergas en los puertos. Había carecido de infancia, pero la suya fue una auténtica juventud aventurera. En 1854, este joven lobo de mar quiso ser guardiamarina. Apenas egresado de la Escuela Naval, sirvió en el vapor Rímac, luego en el pailebot Vigilante y posteriormente en el Ucayali y en la fragata Apurímac. Como alférez de fragata participó en la sublevación vivanquista de 1857 y por ello fue separado del servicio. De este modo, la aptitud para la juvenil rebeldía sirve para explicar la rígida disciplina de su madurez. Fue uno de los asaltantes a la casa de Castilla. De vuelta a la marina mercante, hizo la carrera a la China, a la India y a la Polinesia. Sólo en 1863 reingresó al servicio de la Armada nacional como teniente segundo y segundo comandante del vapor Lerzundi.

*(1) La mejor biografía de Grau, sucesivamente enriquecida con documentos inéditos, es la de Geraldo Arosemena Garland, que ha llegado a la sexta edición (1979).*

Partió a Inglaterra a recibir la corbeta Unión como capitán y entonces se produjo el ya narrado episodio de su prisión. Trajo a su buque hasta Valparaíso venciendo un gran temporal; y en aquel puerto tuvo que afrontar, además, recién ascendido, un conflicto de conciencia. Para que no se plegara a las fuerzas de la insurrección, el gobierno de Pezet mandó como emisario ante Grau, a su propio padre; pero a pesar de todo, la Unión se puso al lado de quienes querían, en nombre del honor nacional, la guerra con España. En ella participó Grau como actor en la Jornada de Abtao.

Cuando el Dictador Prado quiso entregar al marino norteamericano Tucker el mando de la escuadra que debía ir a Filipinas, Grau, como muchos otros marinos peruanos renunció y fue tomado preso. Lo defendió Luciano Benjamín Cisneros, y después de ser absuelto por el tribunal el 10 de febrero de 1867, se retiró, por segunda vez, de la Armada.

Llegó, caso único en la compañía inglesa de vapores, a mandar un barco de dicha compañía, el Puno. En 1868 vestía de nuevo el uniforme de marino peruano como comandante del Huáscar.

Defendió al gobierno legal en 1872, apresó en 1874 al barco pierolista sublevado